CARTA QUINTA

GIVET

Los dos Givet.—Disertación acerca los arquitectos y las cántaras á propósito de los campanarios flamencos.—Givet de noche.—Paisaje.—La torre del pequeño Givet.—José Gutiérres.—Lo que se puede ver desde el imperial de la diligencia Van Gend.

En una posada por el camino; 1.º de agosto.

Givet es una linda ciudad, limpia, graciosa, hospitalaria, situada en ambas orillas del Mosa, que la divide en grande y pequeño Givet, al pie de una alta y hermosa muralla de rocas, cuya cumbre estropean las líneas geométricas del fuerte de Charlemont. La posada, que denominan Hotel del Monte de Oro, es muy buena, aun cuando es única, y puede, por lo tanto, alojar á los transeuntes como mejor le parezca, y hacerles comer lo que le dé la gana.

El campanario del pequeño Givet es un simple chapitel de pizarra; en cuanto al campanario del Givet grande, es de una arquitectura más complicada y más sapiente. He aquí, con toda evidencia, cómo lo ha compuesto el inventor. El buen arquitecto ha tomado un bonete cuadrado de cura ó de abogado. Sobre ese bonete cuadrado colocó una ensaladera inver-

tida; sobre el pie de la ensaladera, convertido en plataforma, puso una azucarera; sobre la azucarera, una botella; sobre la botella, un sol enclavado en el cuello por medio del rasgo inferior vertical; y, por fin, sobre el sol, un gallo espetado en el rayo vertical superior. Suponiendo que haya empleado un día en encontrar cada una de esas ideas, habrá descansado al séptimo día.

Ese artista debía ser flamenco.

Desde hace cosa de dos siglos, los arquitectos flamencos han imaginado que lo más bello consistía en emplear piezas de vajilla y utensilios de cocina, elevados á proporciones gigantescas y titánicas. De suerte que, cuando se les ha dado á erigir campanarios, han asido la ocasión por los cabellos y han cubierto sus ciudades con una multitud de cántaras colosales.

La vista de Givet no es por ello menos agradable, sobre todo cuando os detenéis al atardecer, como hice yo, en medio del puente, y miráis á Mediodía. La noche, que es el mayor encubridor de tonterías que existe, empezaba á velar la silueta absurda del campanario. De todos los techos rezumaban algunas humaredas. A mi izquierda oía murmurar con infinita dulzura algunos altos olmos, por encima de los cuales la claridad vespertina hacía resaltar una gran torre del siglo xi que domina á cierta altura al pequeño Givet. A mi derecha otra torre antigua, de cúspide cónica, construída á medias de piedra y ladrillo, se reflejaba por entero en el Mosa, brillante y metálico espejo que atravesaba todo aquel sombrío paisaje. Más lejos, al pie de la áspera roca de Charlemont, distinguía, como una línea blanquecina, aquel largo edificio que había visto la vispera al entrar y que es simplemente un cuartel deshabitado. Por encima de la ciudad, por encima de las torres, por encima del campanario, erguíase á pico una inmensa pared de peñascos que se prolongaba hasta perderse de vista á las montañas del horizonte y limitaba la mirada como en un circo. Completamente al fondo, en un cielo de un verde claro, la luna creciente descendía con lentitud hacia la tierra, tan delgada, tan pura y tan destacada, que hubiérase dicho que Dios nos dejaba entrever la mitad de su sortija de oro.

Durante el día quise visitar aquella venerable torre que antiguamente infundía respeto al pequeño Givet. El sendero es áspero y da trabajo tanto á las manos como á los pies; hay que escalar en cierto modo la peña, la cual es de granito muy hermoso y muy duro.

Así que hube llegado, no sin alguna dificultad, al pie de la torre, que se está cayendo en ruinas y cuyas aberturas romanas han sido desfondadas, la encontré cerrada por una puerta adornada con un enorme cerrojo. Llamé, golpeé la puerta y nadie respondió. Tuve que bajarme del mismo modo que había subido. Sin embargo, mi ascensión no fué desaprovechada del todo. Al dar la vuelta al rededor del viejo caserón, cuyo paramento está casi completamente desconchado, noté, entre los escombros que se desprendían cada día en polvo por el barranco, una gruesa piedra donde podían distinguirse aun algunos vestigios de inscripción. Observé atentamente, mas no quedaban de la inscripción más que algunas letras indescifrables.

He aquí en qué orden estaban dispuestas:

LO QVE SA L OMBRE
PARA S MO DI S L
ACAV P S OTROS.

Estas letras, profundamente grabadas en la piedra, parecía que habían sido trazadas con un clavo; y, algo más abajo, el mismo clavo había grabado esta firma, que había quedado intacta: 10SE GYTIEREZ, 1643. Siempre he tenido afición á las inscripciones, y confieso

que ésta me preocupó mucho. ¿Qué significaba? ¿En qué lengua estaba escrita? De primera intención, y haciendo algunas concesiones á la ortografía, podía creerse escrita en francés y leer estas cosas absurdas: Loque sale.—Ombre Parasol.—Modis (maudis) la cave.—Sot. Rosse. Pero sólo se podían formar estas palabras prescindiendo en absoluto de las letras borradas, y, por otra parte, me parecía que la grave firma castellana, Jose Gutierez, aparecía allí como una protesta contra esas miserias. Relacionando la firma con las palabra para y otros, que son españolas, deducí que la inscripción debía estar escrita en castellano, y, á fuerza de reflexionar, me pareció poderla reconstituir así:

LO QUE EMPESA EL HOMBRE PARA SIMISMO DIOS LE ACAVA PARA LOS OTROS

—Lo que el hombre empieza para sí, Dios lo acaba para los otros.

Lo que me parece verdaderamente una hermosisima sentencia, muy católica, muy triste y muy castellana. ¿Y quién era ese Gutiérrez? La piedra había sido evidentemente arrancada del interior de la torre. 1643 es la fecha de la batalla de Rocroy. ¿Era José Gutiérrez uno de los vencidos de la batalla? ¿Había sido hecho prisionero en ella? ¿Le habían encerrado alli? ¿Le habían dejado tiempo de escribir en su calabozo aquel melancólico resumen de su vida y de toda vida humana? Esas suposiciones son tanto más probables, cuanto fué preciso, para grabar una frase tan larga en el granito con un clavo, toda esa paciencia de los prisioneros que se compone de tanto aburrimiento. Y luego, ¿quién había mutilado de aquella manera la inscripción? ¿Fué simplemente el tiempo y la casualidad? ¿Fué un bromista mal intencionado? Me inclino á esta última hipótesis. Algún galopín, convertido de mal peluquero en mal soldado, habrá sido encerrado disciplinariamente en aquella torre y habrá creído dar una muestra de ingenio sacando ún sentido ridículo á la grave lamentación del hidalgo. De una cara hizo una mueca. ¡Hoy el galopín y el caballero, el gemido y el chiste, la tragedia y la parodia, ruedan juntos y confundidos bajo el pie del mismo transeunte, en el mismo matorral, con el mismo barranco, en el mismo olvido!

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, esta vez muy bien instalado, completamente solo en la banqueta de la diligencia Van Gend, salía de Francia por la carretera de Namur y subía por la primera vertiente de la única cadena de altas colinas que hay en Bélgica; pues el Mosa, obstinándose en correr en sentido inverso de la depresión de la meseta de los Ardennes, ha logrado cavar un profundo valle en aquella inmensa llanura que se denomina Flandes; llanura en donde el hombre ha multiplicado las fortalezas, puesto que la naturaleza le ha rehusado las montañas.

Después de una ascensión de un cuarto de hora, los caballos, ya fatigados, y el conductor belga, ya sediento, se detuvieron de común acuerdo y con conmovedora unanimidad ante un ventorro, en una pobre y pintoresca aldea tendida á ambos lados de un ancho barranco que rasga la montaña. Ese barranco, que es al propio tiempo el lecho de un torrente y la calle mayor de la aldea, está pavimentado naturalmente con el granito del monte puesto al descubierto. En el momento que pasábamos por allí, seis caballos enganchados con cadenas subían ó más bien se encaramaban á lo largo de dicha calle, extraña y terriblemente escarpada, arrastrando una gran carreta vacía de cuatro ruedas. Si la carreta hubiese estado cargada, hubieran sido precisos veinte caballos ó más

el suelo se agrieta horriblemente á algunos pasos á la izquierda. Desde la carretera la mirada se hunde hasta el pie de una tremenda peña vertical, á lo largo de la cual sólo la vegetación puede encaramarse. Es un brusco y horrible precipicio de dos ó trescientos pies de profundidad. En el fondo del precipicio, en la penumbra, à través de las matas del borde, se divisa el Mosa con alguna galeota que navega tranquilamente remolcada por caballos, y en la orilla del río una graciosa quinta barroca que tiene aspecto de una obra de pastillaje ó de un reloj del tiempo de Luis XV, con su surtidor liliputiense y su jardincito Pompadour, cuyas volutas, caprichos y visajes se abarcan de una sola mirada. Nada tan singular como aquella diminuta fantasía chinesca en aquella grandiosa naturaleza. Parece como una chillona protesta del mal gusto del hombre contra la sublime poesía de Dios.

Luego nos apartamos de la sima y vuelve á empezar la llanura, pues el barranco del Mosa corta la meseta hondamente y á pico, como un surco corta un

campo.

Un cuarto de legua más lejos hay que frenar las ruedas; la carretera va en busca del río merced á una escarpada pendiente. Esta vez el abismo es encantador. Es una confusa mescolanza de flores y de hermosos árboles alumbrados por el resplandeciente cielo matinal. Algunos verjeles rodeados de setos vivos suben y bajan alternativamente á ambos lados del camino. El Mosa, estrecho y verde, se desliza á la izquierda profundamente encajonado entre una doble escarpa. Preséntase un puente; otro río, más pequeño y más delicioso aun, viene à verterse en el Mosa; es el Lesse. Y á tres leguas, en aquella garganta que se abre á la derecha, hay la famosa gruta de Hans-sur-Lesse. El coche pasa adelante y se aleja. El ruido de los molinos de agua del Lesse se pierde en la montaña. La orilla

izquierda del Mosa se abaja, graciosamente orlada con un no interrumpido cordón de alquerías y de aldeas; la orilla derecha crece y se levanta; el muro de rocas invade y angosta la carretera; los espinos del borde se estremecen al viento y al sol, á doscientos pies por encima de nuestras cabezas. De pronto una roca piramidal, aguda y atrevida como una aguja de catedral, aparece en un recodo del camino. Es la Roca de Bayardo, me dice el conductor. La carretera pasa entre la montaña y aquel mojón colosal, luego tuerce otra vez, v al pie de un enorme bloque de granito coronado por una ciudadela, la vista se hunde en una larga calle de casas viejas, unida á la orilla izquierda por un hermoso puente v dominada en su extremidad por los agudos pináculos y los anchos ventanales de flamígeros calados de una iglesia del siglo xv. Es Di-

En Dinant se hace parada un cuarto de hora, el tiempo suficiente para notar que en el patio de las diligencias hay un jardincito que él sólo bastaría para advertiros que estáis en Flandes. Las flores son muy bellas, y en medio de aquellas flores hay tres estatuas de tierra cocida pintadas. Una de esas estatuas es una mujer. Es más bien un maniquí que una estatua, pues va vestida con una falda de indiana y cubierta con un sombrero de seda. Al cabo de algunos instantes, por un ligero rumor que se ove y por un singular surtidor que brota de debajo las faldas, os apercibis de que aquella mujer es una fuente.

El campanario de la iglesia de Dinant es un inmenso puchero. Sin embargo, vista desde el puente, la fachada de la iglesia tiene un gran carácter, y toda

la ciudad agrúpase á maravilla.

En Dinant se deja la orilla derecha del Mosa. El arrabal de la orilla izquierda, que se cruza, se aglomera admirablemente al rededor de un viejo torreón medio derruído del antiguo recinto. Al pie de aquel torreón, en un macizo de casas, entreví al pasar un exquisito palacio del siglo xv con su fachada de volutas, sus ventanas de piedra, su torrecilla de ladrillo y sus extravagantes veletas.

Al salir de Dinant se abre el valle, el Mosa se ensancha; se distingue en la cúspide de dos lejanas colinas de la orilla derecha dos castillos ruinosos; luego el valle se ensancha aun más, y las rocas sólo aparecen aquí y allá debajo ricos caparazones de verdura; una sábana de terciopelo verde, bordada de flores, cubre todo el paisaje. Por todas partes se desbordan los lúpulos, los huertos, los árboles, que tienen más frutas que hojas, los ciruelos violetas, los manzanos encarnados, y á cada instante aparecían en masas enormes los racimos escarlatas del serbal de los pájaros, ese coral vegetal. Los patos y los pollos picotean por el camino; se oyen los cantos de los bateleros en el río; frescas muchachas, con los brazos desnudos hasta el hombro, pasan con cestas llenas de heno sobre sus cabezas, y de vez en cuando un cementerio de aldea se asoma melancólicamente á aquella carretera llena de alegría, de luz y de vida.

En uno de esos cementerios, cuyas altas hierbas y ruinosa pared se inclinan sobre el camino, leí esta inscripción:

10 PIE, DEFUNCTIS MISERIS SUCURRE, VIATOR!

Según mi modo de sentir, no hay ningún memento de efecto tan intenso. Generalmente los muertos avisan, aquí ruegan.

Más lejos, cuando se ha pasado una colina donde las rocas de la orilla derecha, labradas y esculpidas por las lluvias, imitan las piedras onduladas y estriadas de nuestra vieja fuente del Luxemburgo (tan deplorablemente renovada en este momento, entre paréntesis), se presiente la proximidad de Namur. Las casas de recreo empiezan á mezclarse con las viviendas de los campesinos, las villas con las aldeas, las estatuas con las rocas, los parques ingleses con los campos de lúpulos, y, hay que decirlo, sin gran confusión y disparidad.

La diligencia mudó tiro en uno de esos pueblos compuestos. A un lado veía un magnifico jardín entremezclado de columnas y de templos jónicos, y del otro lado un figón adornado á la izquierda por un grupo de bebedores y á la derecha por una espléndida mata de malvarrosas. Detrás de la verja dorada de la quinta, sobre un pedestal de mármol blanco veteado de negro por la sombra de las ramas, la Venus de Médicis se escondía á medias entre el follaje, como ruborosa é indignada de que la vieran completamente desnuda los campesinos flamencos sentados al rededor de un vaso de cerveza. Pocos pasos más allá, dos ó tres lindas muchachas asolaban un alto ciruelo, y una de ellas estaba encaramada en la rama mayor del árbol en una actitud tan poco precavida de miradas indiscretas, que daba á los pasajeros del imperial no sé qué vagos deseos de echar pie á tierra.

Una hora después me hallaba en Namur. Los dos valles del Sambre y del Mosa se unen y se confunden en Namur, que está asentada en la confluencia de los dos ríos. Las mujeres de Namur me parecieron bonitas y simpáticas; los hombres tienen una fisonomía bondadosa, grave y hospitalaria. En cuanto á la ciudad en sí misma, exceptuando los dos puntos de vista del puente del Mosa y del puente del Sambre, nada tiene de particular. Es una ciudad de la que nada queda escrito de su pasado en su configuración. Sin arquitectura, sin monumentos, sin edificios, sin casas viejas, sobrecargada con cuatro ó cinco malas iglesias

EL RHIN

estilo barroco y algunas fuentes Luis XV de un mal gusto soso y triste, Namur no ha inspirado más que dos poemas, la oda de Boileau y la canción de un poeta anónimo, en la que se trata de una mujer vieja y del príncipe de Orange; y, á la verdad, Namur no merece otra poesía.

La ciudadela corona fría y tristemente la ciudad. No obstante, os diré que no he considerado sin cierto respeto aquellas severas fortificaciones que tuvieron en su día el honor de ser sitiadas por Vaubán y defendidas por Cohorn.

Donde no hay iglesias, contemplo las muestras de las tiendas. Para el que sabe visitar una ciudad, las muestras de las tiendas tienen una gran significación. Independientemente de las profesiones dominantes y de las industrias locales que se revelan desde luego, las locuciones especiales abundan, y los nombres del estado llano, casi tan importantes de estudiar como los nombres de la nobleza, aparecen en su forma más candorosa y bajo su aspecto más iluminado.

Ahí van tres nombres tomados casi al azar en las fachadas de las tiendas de Namur; los tres tienen una significación. La esposa Debarsy, comerciante. Al leer esto, se comprende que nos hallamos en un país francés ayer, extranjero hoy, francés mañana, donde la lengua se altera y se desnaturaliza insensiblemente, se derrumba por los bordes y toma, bajo algunas expresiones francesas, torpes giros alemanes. Estas tres palabras son todavía francesas, pero la frase ya no lo es. Crucifix-Piret, mercero. Este pertenece de hecho á la Flandes católica. Nombre, apellido ó sobrenombre, Crucifix, sería imposible de hallar en toda la Francia volteriana. Menéndez-Wodon, relojero. Un nombre castellano y un nombre flamenco unidos por un guión. No se ve en ellos toda la dominación de España sobre los Países Bajos, escrita, atestiguada y

relatada en un nombre propio? En cada uno de estos tres títulos se expresa y resume uno de los grandes aspectos del país; el uno proclama la lengua, el otro la religión y el otro la historia.

Observemos, además, y á renglón seguido, que en las muestras de Dinant, de Namur y de Lieja, la palabra *Demeuse* se repite con mucha frecuencia. En los alrededores de París y de Ruán, es *Desenne* y *Deseine*.

Para terminar con una observación de pura fantasía, he notado también, en un arrabal de Namur, un tal Jano, panadero, que me ha recordado que había observado en París, á la entrada del arrabal San Dionisio, Nerón, confitero, y en Arlés, en el propio frontón de un templo romano en ruinas, Mario, peluquero.